

LA GRANADA.

I

Cerca del puente de Sevres, en la orilla izquierda del Sena, se alzaba en medio de una verde espesura, una casita muy linda cuyas paredes y tejado desaparecían entre una verdadera madeja de yedra, clemátidas y madreselvas.

En el huertecillo, al que daban grata sombra añejos castaños, los pinzones y los pardillos se daban alegres citas, y gozosos gorgoros encantaban y deleitaban á los habitantes de la casita.

Eran éstos: Pedro Bariat, un honrado y laborioso jornalero, asíduo al trabajo, compañero alegre, que ignoraba el camino de la taberna y no buscaba más goces que los que le proporcionaba la vida en familia; y su mujer, Juana, una aldeana robusta, cuyos abultados y rojos labios se entreabían en una sonrisa franca y dejaban ver unos dientes de maravillosa blancura.

Daba gusto ver á aquella gozosa madre cuidar á sus tres hijos, muy pequeños todavía: nunca se le veía hacer el más leve movimiento ó gesto de impaciencia, y sin embargo, daban mucho que hacer los tres chicuelos para atenderlos, cuidar su ropa blanca y sus trajes, y acudir á todos los demás menesteres de la casa.

Todo eso se hacía cantando, y por la noche, después de la cena, cuando toda la chiquillería dormía, aun quedaba una hora de grato ocio, con Pedro en el huertecillo.

Aquella hora proporcionaba descanso de todos los trabajos del día.

La empleaban en formar proyectos para el porvenir.

Pesada carga era la de criar tres muchachos, pero no faltaba trabajo, ni tampoco escaseaban las fuerzas y el ánimo.

Al cabo de algunos años Pedro ascendería á capataz de una fábrica, y por lo tanto el salario sería más crecido.

Los chicuelos estarían ya criados; mientras se hallasen en la escuela. Juana trabajaría en su oficio de planchadora.

Irían ahorrando algún dinerillo y comprarían la casita.

A la verdad, cuando llegasen á viejos, ¿dónde encontrarían casa mejor para retirarse á descansar y comerse los dinerillos ahorrados?

¡Diantre! no tendrían muchos miles, pero los muchachos harían lo que habían hecho sus padres; trabajar y los viejos vivirían de sus ahorros.

Ilusiones cándidas toscamente expresadas, pero que hacían felices á aquellos dos honrados seres.

Así trascurrieron los años, y los proyectos comenzaban á realizarse.

Pedro trabajaba asiduamente y ya no descansaba ni un momento.

El dueño de la casa tenía pretensiones muy exageradas, pero esas mismas pretensiones no habían hecho sino acrecentar el deseo de los dos esposos de poseer la finca.

Sería lástima, pensaban Pedro y Juana, abandonar aquella casa en que cada día hacían alguna mejora.

Pues ¿y el huertecillo? ¿De todos aquellos árboles que habían plantado habían de ir á recoger la fruta? Parecía que esto sería un robo.

Así, pues, se habían puesto de acuerdo con el dueño de la casita y la escritura de compra y venta fué firmada un domingo.

II

Cuando Pedro Bariat salía de la casa del escribano con su título de propiedad en el bolsillo de su chaquetón, «ni el rey era más feliz,» como él mismo decía, y en su rostro brillaba una franca sonrisa.

Al pronto habían convenido marido y mujer en que festejarían la compra con una alegre comida en la hostería: pescado frito, un conejo guisado y algunas botellas de vino de Surenes, un verdadero banquete de Lúculo.

Pero cuando Pedro se vió ya de propietario, su entusiasmo varió de rumbo y dijo á su mujer:— «Vamos á comer en nuestra casa.»

Y había que oír la entonación que dió á esas palabras: «¡Nuestra casa!»

Para apoyar su idea alegó toda clase de poderosas razones.

La cocina de hostería no valía nada, eran siempre las mismas salsas con un sabor espantoso.

Estarían mucho mejor en la casa, á la sombra de una enramada, con el río Sena á sus piés, y en el fondo el inmenso panorama de Paris iluminado por un sol brillante.

En medio de esa felicidad, que parecía que llenaba su vida entera, fué donde la guerra de 1870 llegó á sorprender á Pedro Bariat.

III

En el fuerte del monte Valerien es en donde volvemos á encontrarle.

Pedro es artillero. Está alerta y vigilante junto á su cañón, cuando el General Noel, comandante del fuerte, se acerca acompañado por los oficiales de su estado mayor.

El General se apoya en el cañón y con el anteojo en la mano dirige la visual al puente de Sevres.

—Artillero, dice con breve acento, enderezándose.

—¡Mi General! contesta Pedro cuadrándose y haciendo el saludo militar.

—¿Ves desde aquí el puente de Sevres?

—Lo veo perfectamente, mi general.

—¿Ves, á la izquierda, aquella casucha situada entre los árboles?

—La veo, dijo Pedro, tornándose muy pálido.

—Es un nido de prusianos: plántale allí una granada, muchacho.

Pedro se tornó aún más pálido: á pesar de la